

La investigación en las historias

Héctor Torres

La investigación en las historias

La mirada atenta es una actitud fundamental para ver el mundo en torno. Es un necesario primer paso para abordar la historia que deseamos escribir. Pero, aunque la mirada nos ofrece mucha información valiosa sobre los protagonistas y los hechos que rodean esa historia que queremos contar, es apenas un punto de partida que da inicio a una serie de indagaciones que nos permitirán conocer en profundidad todos los elementos que la componen y la explican. En este tema trataremos de establecer algunos aspectos que son claves para entender una historia en tal detalle que, en efecto, podamos contarla de manera que el lector sienta que los hechos, los dilemas, las decisiones y reacciones de los personajes se están desarrollando frente a sus ojos.

Nuestro universo personal, nuestra visión del mundo, hacen las veces de primer elemento de comprobación.

Para comenzar, diremos que, efectivamente, nuestro universo personal, nuestra visión del mundo, hacen las veces de primer elemento de comprobación. Ya dijimos que para mirar con atención debemos sentir que, de algún modo, esa historia resulta importante para nuestras vidas. Que nos dice algo particular. Nos revela una paradoja, una ironía, un aspecto de la vida que parecía mantenerse oculto. Algo, que aún no sabemos qué es, nos hace volver sobre esa historia que llegó a nosotros, a veces de forma inesperada. Jorge Luis Borges decía que era deber del autor rehuir de los temas hasta que estos insistan y se vuelvan irresistibles. Esa aseveración podría parecer un poco exagerada, pero, leyéndola con atención, lo que nos dice es que debemos estar seguros de que ese tema nos llama, insinúa contener una respuesta a algo que no terminamos de entender qué es, pero que sentimos que necesitamos desentrañar.

El hecho de que vuelva a nuestros pensamientos con insistencia es un indicio de que detrás de ello hay una necesidad de indagar que nos hará volcarnos con ímpetu y curiosidad sobre él. Una necesidad personal de saciar lo que entraña una historia es el combustible más seguro para saber que no descansaremos hasta “entender” qué se esconde detrás de esa historia a la que no podemos resistirnos. Por no saberlo de antemano es que iremos detrás de ella.

“Todo lo que he aprendido sobre la naturaleza humana lo he aprendido de mí mismo” decía Anton Chejov y, en efecto, cuando descubrimos una historia que nos llama poderosamente, son nuestras emociones, anhelos, miedos, aspiraciones de la vida las que indicarán acentos, puntos de interés, dilemas, etc., en la historia en cuestión.

Luego de dar con esos asombros que la historia nos depara, debemos intentar hacernos de una imagen completa acerca de ella. De eso primero que tenemos a la mano: esa escueta anécdota que nos resulta reveladora. Ver, como dicen, la imagen completa. Eso podría bastarnos para quedarnos con ese asombro. Pero sería un asombro íntimo. Algo que, por razones conscientes o inconscientes, resonó en nuestro interior, pero que sin embargo no podríamos comunicar.

Acotó Borges que “un hecho cualquiera —una observación, una despedida, un encuentro, uno de esos curiosos arabescos en que se complace el azar— puede suscitar la emoción estética. La suerte del poeta es proyectar esa emoción, que fue íntima, en una fábula, en una cadencia”.

Debemos ser capaces de dar con todos los mecanismos íntimos que hicieron posible esa historia.

Y ese es precisamente el punto: una anécdota que nos contaron podría bastar para producirnos una revelación. Pero para comunicarla, para lograr el mismo asombro en un tercero, debemos indagar en ella hasta estar en capacidad de re-crearla. Es decir, debemos ser capaces de dar con todos los mecanismos íntimos que hicieron posible esa historia (las “casualidades”, las ironías, las circunstancias particulares, el contexto) para poder “explicarla” a través de un texto literario. Una historia que pueda reproducir ese asombro frente a un tercero, que repita la historia cuando nosotros ya no estemos presentes. Un texto que esté vivo, que se defienda solo.

En ese sentido, para poder reproducir un pedazo de vida contentivo de sentido en sí mismo, la ficción (y mucho más la no-ficción) no puede escapar de la necesidad de investigar hasta conocer a fondo la historia que se desea contar sin que en el camino se pierda “eso” que nos causó asombro. Ese pedazo de vida real que aspira a ser el texto literario.

La investigación no es, de ninguna manera, ajena al oficio del escritor de ficciones. Para decirlo con la ilustrativa analogía empleada por Hemingway: “El conocimiento representa las tres cuartas partes del témpano que está sumergido en el agua”, lo que no se lee en el texto, pero que el escritor conoce con propiedad.

“La investigación suministra los datos, que luego él podrá utilizar con toda la libertad que le permita su imaginación —señala el novelista venezolano Eduardo Liendo—. En mi novela *Diario del enano* (1995) leí, o en algunos casos releí, una extensa bibliografía en torno al poder absoluto, aunque esta ficción se inscribe en códigos fantásticos. En *Si yo fuera Pedro Infante* (1989), también novela, y no biografía del autor y cantante, debí sumergirme en revistas viejas, canciones desechadas o nostálgicas y películas aderezadas con trifulcas y un sentimiento dulzón, muy propio de los años 40 y 50 en la llamada época de oro del cine mexicano que tuvo resonancia en toda Latinoamérica y el Caribe”.

Aquí podemos ver que, no por ser ficción, la construcción de historias no necesita de la contextualización histórica, cultural, social, para poner a los personajes a actuar con la suficiente verosimilitud que puedan moverse a sus anchas a lo largo del texto. Concluye el novelista, diciendo algo fundamental para la escritura de historias, sean reales o de ficción: “Es posible que el escritor prescindiera de muchos datos reales, pero conocerlos y desecharlos forma parte de su libertad de creación. Mientras que ignorarlos, puede ser una seria limitación”.

Volviendo a nuestros textos, una vez que sabemos qué misterio queremos resolver, nos dedicamos a investigar en nuestra historia y su personaje todo cuanto nos resulte posible. Como comentan los maestros, nada cuanto lleguemos a saber resultará demasiado o innecesario. Y todo aquello que desconozcamos se puede convertir en una limitación. “Debemos procurar saber lo más posible sobre nuestros personajes y sobre la historia, aunque el 80% de esa información quede por fuera. Solo un conocimiento absoluto de la situación nos permitirá

seleccionar y estructurar con facilidad”, agrega, al respecto, el cronista Juan Villoro. En muchas ocasiones, algún dato que parece intrascendente puede ser vital para explicar una decisión de nuestro personaje, y no podríamos saberlo si nouviésemos conocimiento del mismo.

***La historia, para poder reconstruirse,
opera en sentido inverso: debemos conocer
el final para apreciar su dimensión.***

Se trata de conocer la historia y poder armar la secuencia de los hechos con todo detalle y conocer al personaje y sus visiones de la vida en torno a los porqués de sus dilemas y sus decisiones. La primera premisa que orienta nuestra investigación, entonces, debe ser conocer todo cuanto podamos de ambos. La segunda, la afirma Robert McKee cuando indica que “se debe cuestionar cada verdad de la vida hasta alcanzar los propios motivos ocultos”. Las personas se conocen en realidad menos de lo que creen. La espiral del “¿Y por qué?” puede permitirnos llegar hasta el hueso en una situación que el personaje nunca se detuvo a pensar. Hay que tomar en cuenta que las personas vivimos la vida hacia adelante, en tiempo real, y sin demasiado margen para reflexionar nuestros pasos. Muchas veces actuamos motivados por impulsos cuyo origen está enterrado en lo más hondo del subconsciente. La historia, para poder reconstruirse, opera en sentido inverso: debemos conocer el final para apreciar su dimensión. Luego opera hacia atrás, asegurándose de que todo cuanto ocurre conduce de forma inequívoca al lugar en que concluyó en tiempo real. Es por eso que preguntar las razones de determinada acción, ganando una cota de profundidad en cada vuelta, nos permitirá dar con eso que, en muchas ocasiones, ni el mismo personaje conoce acerca de sí mismo.

Debemos tomar en cuenta que, como señala McKee, “en realidad resulta virtualmente imposible que una persona exprese del todo lo que se está desarrollando en su interior aunque esté loca. No importa cuánto deseemos manifestar nuestros sentimientos más profundos porque siempre nos eluden. Nunca expresamos del todo la verdad, porque pocas veces la conocemos”.

Es por eso que no basta entrevistar a las personas, y a veces ni siquiera volver y volver sobre las mismas cuestiones. En esos casos entra en juego esa capacidad de observación curiosa y compasiva que nos permitirá adentrarnos en la interioridad del personaje en búsqueda de esas respuestas que muchas veces él no podría dar. Pero no se trata de inventarnos situaciones, ni de dejarlo al albedrío de nuestra imaginación. Adentrarnos en nuestros personajes es una forma de facilitar esa indagación en sus razones. Y de poder construir desde afuera todo lo que él mismo no sabe que dice. Lo que expresa en sus silencios, en los énfasis cuando habla, los cambios de ánimo o de entonación en el relato. Pero luego vienen los elementos que hablan de él y del entorno donde ocurrieron los hechos. Con esos acercamientos comenzaremos a construir la anécdota de la historia con la mayor cantidad de detalles posibles. Nuestra meta es reconstruir esos hilos invisibles que mueven los hechos de la vida en ese pequeño reducto en el que tenemos puestos los sentidos.

Si la historia involucra información técnica de cualquier índole, debemos extender nuestras investigaciones fuera de la entrevista al personaje. Hay ocasiones en que él mismo no podría explicar con precisión los términos de situaciones en las que esté involucrado.

Como asuntos médicos, fallas mecánicas, o presión atmosférica. Todo lo que nos permita establecer una sólida contextualización enriquecerá nuestra historia, porque hará de paraguas a ese universo que está germinando frente a nosotros.

Y con toda esa información nos vamos a casa y convivimos con ella lo suficiente para que nuestra mente comience a hacerse preguntas allí donde ubica zonas oscuras, pasajes ambiguos, explicaciones poco convincentes. Eso nos permitirá seguir indagando en nuestro personaje, en busca de allanar esas lagunas.

Pero eso no debe bastarnos. Nada está demás en la búsqueda de la recreación de nuestra historia. Ver películas o documentales, leer textos al respecto, recordar viejas canciones que evocan el tema, todo servirá para construir el mundo en el que se desenvuelven nuestros personajes. Y allí entra en juego la imaginación, no como capacidad de “inventar” sino como capacidad de orquestar, de organizar, de poner todos los elementos en su lugar aun viendo en lo oscuro, de atar los lazos rotos y reconstruidos gracias a nuestras indagaciones.

Sobre la historia que vamos a escribir debemos saber todo cuanto nos resulte posible porque vamos a echarla a andar desde nuestra perspectiva.

Sobre la historia que vamos a escribir debemos saber todo cuanto nos resulte posible porque vamos a echarla a andar desde nuestra perspectiva. Y mientras mayor sea el número de elementos con los cuales contemos, mayor espacio dispondremos para ensayar nuestra propia explicación acerca de cómo opera la vida, usando determinada historia para ello.

PROPIEDAD DE:

la
vida
de
nos

El Aula e-nos

www.lavidadenos.com

lavidadenos@gmail.com

@lavidadenos

DESARROLLADO POR:



CONSULTORES INNOVARTE, C.A.

www.innbicuo.com

contacto@innbicuo.com

@innbicuo

Este documento tiene fines formativos. No puede ser reproducido ni distribuido, total o parcialmente, ni con fines comerciales, sin el consentimiento de su propietario.